

SIEMPRE se han comentado aquí con el interés que merecen las dos ocupaciones elementales del hombre, el pastoreo y la labranza. Y de los muleteros, pastores de muletos y mulas jóvenes cerriles, se habló al evocar las figuras casi legendarias de Manzanero, Piñón y el tío Pití. Después de aquello, en este año pasado, se han despoblado totalmente las vegas y puede decirse que no han quedado muleteros. Este cambio, impuesto precipitadamente por transformaciones asfixiantes de la economía, nos ha hecho pensar en los mayores de abolengo.

Dentro del pastoreo, los muleteros tuvieron siempre una consideración mayor, tal vez a causa de bregar con animales de más tamaño y de más precio y entre ellos los hubo, como en todos los oficios, de más prestigio y de menos, según sus condiciones personales. Hay que reconocer, sin embargo, que en nuestras vegas hubo unos cuantos mayores excelentes, como Cristóbal Piñón, que lo fue de Penalva y Manzanero, ya recordados en esta obra, "Churrín" -Inocente Alonso- alto, gordo, rubio, bien plantado, de Doña Remedios; "El Manchao" -Antonio Moreno Manzanero-, de Bosch; Juan Muñoz, el de la "Menegilda", con Don Juan Baíllor y sobre todo Monda -Lorenzo Cortés Marín-, que lo fue del Conde. Había nacido el año 1856, el 14 de Noviembre y, murió el 1929, el 26 de Febrero.

El tío Frasco, mayoral del Conde mientras vivió, enviudó joven y se casó de segundas con una hermana de Lorenzo siendo este pequeño y se lo llevó a la "muletá" a los 15 años, empezando así el aprendizaje de tan importante menester en el que debía destacar como una primera figura.

Parece que el apodo tuvo su origen en la *monda* que le hicieron a su padre de chico un día pelándolo en la barbería, tan acentuada que la gente lo comentó el tiempo suficiente como para que se quedara de apodo. Es posible, pero teniendo en cuenta la sorna alcazareña, es más probable que fuera por la calvicie,

Oficio desaparecido

como le pasó a Melenas, porque en los ascendientes y descendientes de Lorenzo ninguno ha dejado de estar bien *mondado* y el que alce el dedo que se quite la boina.

Hay que imaginarse a Monda como de complexión recia pero ligero de carnes, alto, con la calma pastosa que da el oficio, el habla pausada y el pensamiento sentencioso, hilvanado con refranes, sucedidos y ocurrencias de los que esmaltan la vida de todos pero solo sacan enseñanza las mentes que penetran tranquilamente en los principios y en los fines de los actos humanos y eso lo hermanó con el Conde que llegó a tener en él su confianza absoluta, sin que sea menester decir que fundada en una lealtad inalterable y una fidelidad a toda prueba, mantenidas con sensatez hasta en la advertencia o el consejo si eran oportunos y las circunstancias lo requerían. El Conde lloró su muerte como no podía por menos y no se recató para manifestarlo ni era posible disimular el efecto de haber perdido al hombre en quien se podía confiar de seguro y esa consideración que mereció Lorenzo del señor la tuvo igualmente de cuantos le rodeaban por ser la suya una autoridad creada con sus actos, que es la que se respeta y no solamente delegada o impuesta que es la que se soporta mientras no hay otra solución.